

He de volver a tí, propicia tierra,
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro dolor de carne viva
y la pasividad de las estatuas.
He de volver a tí, gloriosamente,
triste de orgullos arduos e infecundos
con la ofrenda vital inmaculada.

Y no tengo camino...
mis pasos van por la salvaje selva
en un perpetuo afán contradictorio.

Así dice a la vida la poetisa erguida sobre la roca solitaria de su orgullo. María Eugenia es la gran desterrada del amor; su cuerpo está condenado a la fría castidad, su alma a la tristeza. Vagabunda en su propia soledad, ella mira a su alrededor la simple dicha natural de los otros seres y envidia la alegría de la mujer que palpita en brazos del esposo. En el poema "Los Desterrados", uno de los más entrañables gritos de angustia, la poetisa anda, en una fría tarde otoñal, por una apartada calle, al azar de sus paseos solitarios; por un ventanal ve, curvado el torso vigoroso sobre la fragua, a un joven herrero, que canta al ritmo recio de los martillos. Y de su pecho se escapa esta queja:

Dios de las misericordias
que los destinos amparas
¿por qué no te plugo hacerme
libre de secretas ansias,
como a la feliz doncella
que esta noche y otras tantas
en el hueco de esos brazos
hallará la suma gracia?

La suma gracia del amor humano, no será para ella, la criatura singular, erguida sobre la cálida

tierra de la vida como las estatuas sobre la agitación de la multitud. Y de esa soledad suya sobre la tierra, nace el amor de la gran desterrada por la Noche, hermana del sueño y de la muerte, bajo cuya fulguración de fuegos remotos se alzan sus manos que nunca tocarán la carne de la vida.

Sólo tú, noche profunda,
me fuiste siempre propicia,
noche misteriosa y suave,
noche muda y sin pupila,
que en la quietud de tu sombra
guardas la inmortal caricia...

¿Esa dura castidad de la poetisa, esa desolada ausencia del amor físico, proviene sólo del tremendo orgullo de su alma, o responde también a algún oculto factor inhibitorio de tipo freudiano? Sea como fuere, ello parece ser una de las causas principales de esa tragedia que ensombrece y arrastra la última etapa de su vida, como antes fue la causa de aquella su guerrera postura de amazona lírica, bajo la brillante armadura de sus versos. Y sobre todo, en ese misterio de su ser y de su destino, radica la originalidad de su poesía, la clave de su personalidad. El dolor que ha cantado María Eugenia puede ser, hasta cierto punto, el de todas las vírgenes otoñales, que sólo ella ha podido cantar; y su voz sería así, para siempre, la voz de la soledad sin amor. Mas, sólo hasta cierto punto, decimos, porque la poesía de María Eugenia trasciende ese círculo humano común, y es aún más profunda que la humilde tristeza de la carne sin destino. En María Eugenia hay la tragedia de su tremendo espíritu humillado, y hay un dolor más hondo todavía: el de su soledad absoluta, el de su